



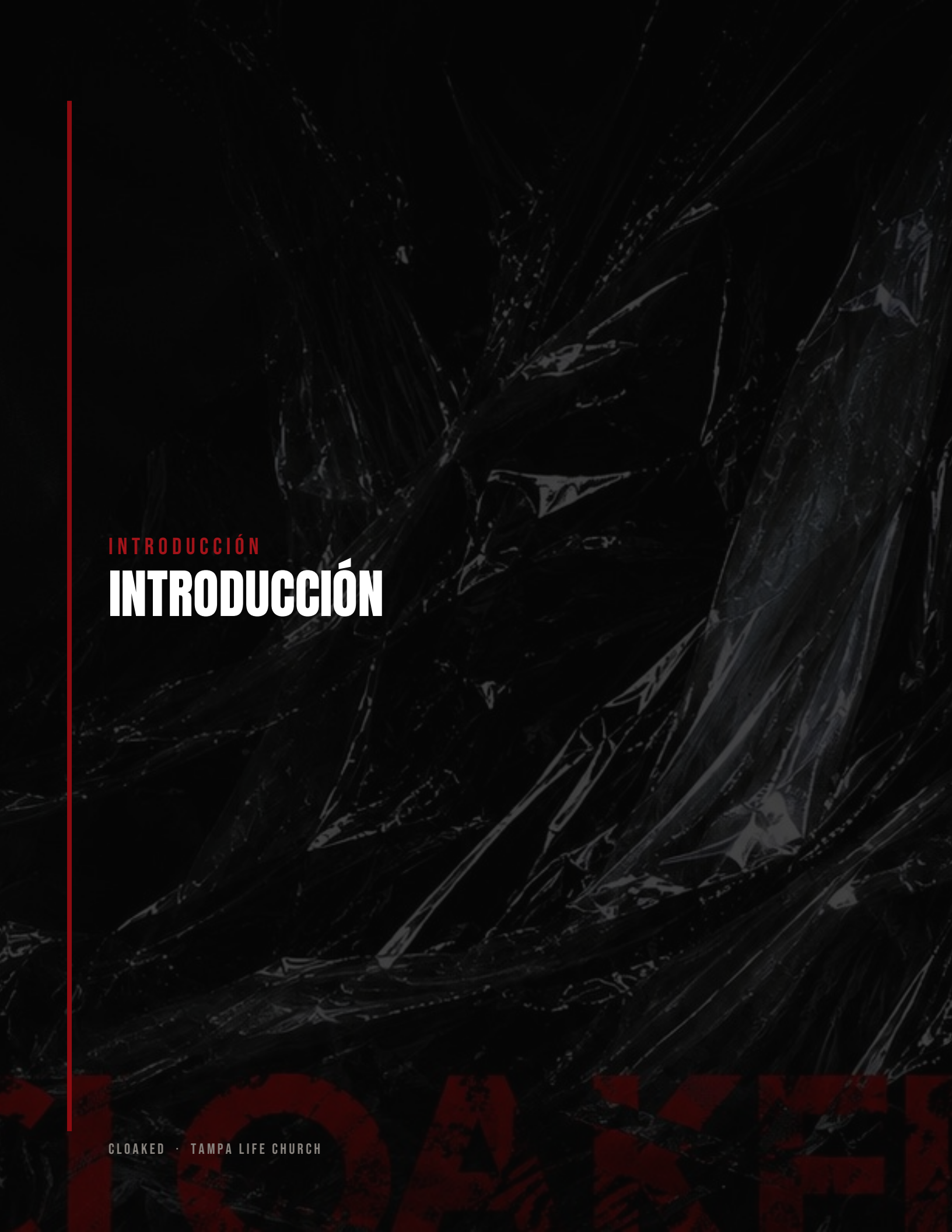
TAMPA LIFE CHURCH

CLOAKED

BIBLE STUDY SERIES

PARTE 6

Parte 6: La voz que te saca del manto



INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

CLOAKED · TAMPA LIFE CHURCH

Todo milagro en las Escrituras comienza con Dios hablando y alguien respondiendo. La creación misma comenzó con las palabras: “Y dijo Dios...” (Génesis 1). Abraham dejó su tierra natal porque escuchó la voz de Dios. Moisés regresó a Egipto porque escuchó a Dios desde la zarza ardiente. Samuel se convirtió en profeta porque respondió: “Habla, que tu siervo oye.” Saulo de Tarso se convirtió en Pablo porque escuchó una voz en el camino a Damasco. A lo largo de las Escrituras, las obras más grandes de Dios están conectadas con personas que reconocieron su voz.

El ciego Bartimeo no fue diferente.

Su ceguera no era el mayor obstáculo entre él y su milagro. Su mayor desafío era discernir cuál voz merecía su atención. La multitud le decía que guardara silencio. Sus circunstancias le decían que nada cambiaría jamás. Su pasado le recordaba años de decepción. Sin embargo, por encima de toda voz que competía por su atención, escuchó la única voz que llevaba vida.

Muchas personas creen que la mayor batalla de fe es superar circunstancias difíciles. A menudo, la batalla más grande es decidir a quién le creeremos. Cada día estamos rodeados de voces. La cultura habla. El temor habla. El fracaso habla. La vergüenza habla. Nuestro pasado habla. Hasta nuestro propio corazón habla. Sin embargo, por encima de todas ellas, Jesús sigue llamando a su pueblo.

El milagro de Bartimeo no comenzó cuando sus ojos se abrieron. Comenzó cuando sus oídos se abrieron. Antes de ver a Jesús, ya lo había reconocido.

El mismo principio sigue siendo verdad hoy. Mucho antes de que Dios cambie nuestras circunstancias, Él cambia lo que estamos dispuestos a escuchar. La liberación siempre comienza con la revelación.

Como escribió Salomón,

Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.

PROVERBIOS 4:23, RVR60

Lo que entra al corazón casi siempre entra por los oídos.

Antes de que Bartimeo arrojara su manto, primero rechazó toda voz que intentó convencerlo de seguir llevándolo puesto.

Ahí es donde comienza todo milagro.

CLOAKED

PARTE

**LA BATALLA POR TUS OÍDOS COMIENZA ANTES QUE LA
BATALLA POR TUS OJOS**

01

Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.

MARCOS 10:47 (RVR60)

Bartimeo no podía ver a Jesús, pero podía oír que Jesús estaba cerca. Su limitación física le había quitado una fuente de información, pero no le había quitado su capacidad de recibir revelación. De hecho, el sentido que parecía más débil en su vida se convirtió en el camino por el cual entró la fe. Antes de que Bartimeo viera el rostro de Jesús, había oído lo suficiente acerca de Jesús como para creer que su vida podía cambiar. Su milagro entró por sus oídos antes de manifestarse en sus ojos.

Esto nos enseña que la batalla por nuestras vidas a menudo comienza con la batalla por lo que estamos escuchando. Mucho antes de que el enemigo nos convenza de actuar mal, intenta influir en cómo pensamos, y una de las formas principales en que se moldean los pensamientos es a través de voces repetidas. El enemigo entiende que cuando un mensaje se escucha con suficiente frecuencia, puede convertirse en una suposición; cuando una suposición se acepta por suficiente tiempo, puede convertirse en una creencia; y cuando una creencia se repite por suficiente tiempo, puede convertirse en una identidad. Por eso las voces que nos rodean importan tanto.

La primera batalla espiritual registrada en las Escrituras no comenzó con una espada, un ejército, o un acto de violencia. Comenzó con una conversación.

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho...?

GÉNESIS 3:1 (RVR60)

La serpiente atacó a Eva cuestionando lo que ella había oído de Dios. No comenzó forzando su mano hacia el fruto prohibido. Comenzó sembrando duda en sus oídos. La tentación no se trataba solo del fruto; se trataba de autoridad. ¿La voz de quién definiría la verdad? ¿Permanecería Eva anclada en lo que Dios había dicho, o permitiría que otra voz reinterpretara el mandato de Dios?

El enemigo todavía obra de la misma manera. Susurra: “¿En verdad Dios dijo que estás perdonado? ¿En verdad Dios prometió restaurarte? ¿En verdad Dios te llamó? ¿Sigue siendo relevante la Palabra de Dios? ¿Puede Dios en verdad sanar esta situación?” El propósito de esas preguntas no es curiosidad inocente. El propósito es debilitar nuestra confianza en la voz de Dios. Una vez que comenzamos a dudar de lo que Dios ha dicho, nos volvemos vulnerables a creer lo que el temor, la vergüenza, la cultura o las circunstancias dicen en su lugar.

Por eso Pablo declaró que la fe está directamente conectada con el oír.

Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.

ROMANOS 10:17 (RVR60)

La fe no aparece en un vacío espiritual. La fe crece donde la Palabra de Dios se escucha, se recibe, se repite, se medita y se cree. De la misma manera que la fe viene por el oír, el temor también puede venir por el oír. El desánimo puede venir por el oír. La amargura puede venir por el oír. La sospecha puede venir por el oír. Si continuamente nos exponemos a voces que magnifican los problemas, critican a las personas, cuestionan a Dios y repasan la derrota, no debería sorprendernos que nuestro espíritu se vuelva pesado.

Lo que escuchamos eventualmente afecta lo que esperamos.

Bartimeo ciertamente había escuchado muchas cosas a lo largo de su vida. Probablemente había oído a personas describirlo como alguien indefenso. Había oído pasos que se alejaban sin detenerse. Había oído monedas caer en su manto, seguidas de personas que seguían con su día. Había oído conversaciones sobre oportunidades de las que estaba excluido. Había oído el tono desdeñoso de quienes lo veían como una carga en vez de una persona. Su vida había estado rodeada de voces que reforzaban las limitaciones de su condición.

Pero este día, escuchó algo diferente.

Escuchó que Jesús estaba pasando.

Para la multitud, el anuncio pudo haber sonado ordinario: Jesús de Nazaret estaba pasando por la ciudad. Pero Bartimeo no recibió la información como algo ordinario. Lo que otros recibieron como noticia, él lo recibió como revelación. La multitud escuchó geografía: Jesús de Nazaret. Bartimeo escuchó identidad: Jesús, el Hijo de David. La multitud reconoció al hombre de Nazaret, pero Bartimeo reconoció al Mesías prometido.

Su oído fue más allá de la información y entró en la revelación.

Hay una diferencia enorme entre oír datos acerca de Jesús y escuchar la voz de la fe despertar dentro de nosotros. Una persona puede asistir a la iglesia por años, escuchar sermones, memorizar cánticos, entender el lenguaje religioso, y aun así no reconocer el momento en que Jesús la está llamando a responder. El oído espiritual no es simplemente la capacidad de procesar sonido. Es la capacidad de reconocer lo que Dios está diciendo dentro de lo que se está hablando.

Jesús enfatizó repetidamente esta verdad a lo largo de su ministerio.

El que tiene oídos para oír, oiga.

MATEO 11:15 (RVR60)

Jesús no hablaba a personas que eran físicamente sordas. Tenían oídos naturales, pero Él los estaba llamando a la atención espiritual. Estaba advirtiéndoles que es posible oír palabras sin recibir la verdad, oír predicación sin responder, y estar cerca de la revelación sin ser transformado. El oído espiritual requiere más que exposición. Requiere humildad, sensibilidad y respuesta.

El peligro es que nuestros oídos pueden entrenarse para reconocer las voces equivocadas. Algunas personas pueden reconocer de inmediato la crítica, pero les cuesta reconocer el aliento. Pueden detectar rechazo en una frase que quizás no lo contenga. Pueden oír juicio donde se pretendía corrección. Pueden oír condenación aun cuando se está ofreciendo gracia. El dolor puede entrenar nuestros oídos para interpretar toda voz a través del filtro de heridas pasadas.

Por eso la sanidad a veces debe comenzar con la manera en que escuchamos.

Bartimeo pudo haber interpretado el alboroto a su alrededor como otro recordatorio de lo que se estaba perdiendo. Pudo haber escuchado a la multitud moverse y pensar: “Otro momento importante está pasando de largo.” Pudo haber dejado que el resentimiento creciera porque otros podían seguir a Jesús mientras él permanecía junto al camino. En cambio, escuchó con más cuidado. Preguntó qué estaba sucediendo. Se negó a dejar que su limitación decidiera el significado del momento.

Hay momentos en que debemos dejar de escuchar la interpretación de nuestro dolor y comenzar a escuchar la posibilidad de Dios.

Bartimeo nos enseña que nuestras limitaciones no tienen que silenciar nuestra percepción espiritual. En algunos casos, los lugares donde nos sentimos más débiles pueden convertirse en los lugares donde aprendemos a depender más completamente de Dios. Bartimeo no podía confiar en lo que veía, así que tuvo que confiar en lo que oía. No podía evaluar a Jesús por su apariencia. Tenía que responder por fe.

porque por fe andamos, no por vista.

2 CORINTIOS 5:7 (RVR60)

La fe no niega la realidad visible, pero se niega a hacer de la realidad visible la autoridad más alta. Bartimeo seguía ciego cuando clamó. Su condición no había cambiado. La multitud no se había vuelto más amable. Su manto seguía cubriéndolo, y el camino seguía debajo de él. Sin embargo, algo había cambiado dentro de él porque había escuchado que Jesús estaba cerca.

La fe a menudo comienza antes de que algo a nuestro alrededor luzca diferente.

Por eso la iglesia debe proteger el ambiente de la Palabra. Necesitamos predicación que exalte a Jesús, enseñanza que establezca la verdad, adoración que declare su grandeza, y conversaciones que fortalezcan la fe. Esto no significa que ignoremos el dolor o finjamos que los problemas no existen. Significa que nuestros problemas no reciben la voz más fuerte en la habitación. La Palabra de Dios debe permanecer más fuerte que nuestro temor, más fuerte que nuestra historia, más fuerte que nuestras emociones, y más fuerte que la multitud.

Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria.

SALMO 29:4 (RVR60)

La voz de Dios no es meramente informativa; es creativa. En Génesis, Dios habló y aparecieron mundos. Habló luz en la oscuridad, orden en el caos, y vida en el vacío. Cuando la Palabra de Dios entra en una vida, todavía lleva poder creativo. Puede hablar paz donde la ansiedad ha reinado. Puede hablar identidad donde la vergüenza ha etiquetado. Puede hablar esperanza donde la desesperación se ha instalado. Puede llamar a existencia posibilidades que antes eran invisibles.

Este es el poder del momento que Bartimeo experimentó. Escuchó que Jesús estaba presente, y de repente el futuro ya no tenía que parecerse al pasado. Había pasado años escuchando lo que la ceguera le había quitado, pero ahora escuchó lo que la misericordia podría restaurar.

La pregunta para nosotros no es solamente: “¿Qué se está diciendo?” La pregunta más profunda es: “¿Cuál voz estamos permitiendo que moldee nuestra respuesta?”

La multitud hablaba. Su condición hablaba. Su historia hablaba. Sus propios temores internos probablemente hablaban. Pero Bartimeo eligió responder a la voz que lo señalaba hacia Jesús.

Antes de que Dios abra nuestros ojos a un futuro nuevo, a menudo nos enseña a cerrar nuestros oídos a las voces que nos han mantenido atados.

PARTE

LA INFORMACIÓN SE CONVIRTIÓ EN REVELACIÓN

02

Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.

MARCOS 10:47 (RVR60)

Uno de los detalles más notables en el milagro de Bartimeo no se encuentra en lo que Jesús hizo, sino en lo que Bartimeo dijo. La multitud anunció: “Jesús de Nazaret está pasando.” Bartimeo respondió: “Jesús, Hijo de David.” Esos dos títulos revelan dos niveles de comprensión completamente distintos.

Para la multitud, Jesús era identificado por su pueblo natal. Nazaret describía de dónde venía. Era información precisa, pero incompleta. Bartimeo, sin embargo, lo identificó por su oficio divino. “Hijo de David” no era simplemente otro título; era una confesión mesiánica. Bartimeo estaba declarando que el hombre que caminaba por el camino era el Rey largamente esperado, prometido a lo largo del Antiguo Testamento.

Este es uno de los grandes temas de las Escrituras: muchas personas pueden poseer la misma información, y sin embargo solo algunas reciben revelación.

A lo largo de los Evangelios, multitudes seguían a Jesús. Algunos admiraban sus milagros. Otros apreciaban su enseñanza. Algunos esperaban que derrocará a Roma. Muchos disfrutaban del pan que multiplicó. Sin embargo, muy pocos entendieron verdaderamente quién era Él. Vieron su humanidad, pero pasaron por alto su divinidad. Reconocieron sus obras, pero no lograron reconocer su identidad.

El mismo Jesús hizo esta pregunta a sus discípulos.

¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?... Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús... porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

MATEO 16:13-17 (RVR60)

Note el lenguaje que Jesús usó. Pedro no descubrió esta verdad solo mediante educación u observación. Le había sido revelada por el Padre. La revelación no es simplemente adquirir datos adicionales; es Dios abriendo nuestro entendimiento para ver lo que siempre ha sido verdad.

***La multitud poseía información.
Pedro poseía revelación.
Bartimeo poseía revelación.
Los líderes religiosos poseían información.
Hay una diferencia enorme.
La información informa la mente.
La revelación transforma el corazón.***

Una persona puede conocer cada libro de la Biblia, entender la doctrina, memorizar las Escrituras, y aun así carecer de una revelación viva de Jesucristo. El conocimiento por sí solo no puede salvarnos. Los fariseos poseían un conocimiento bíblico extraordinario, y sin embargo Jesús les dijo,

Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida.

JUAN 5:39-40 (RVR60)

Conocían las Escrituras, pero pasaron por alto a Aquel a quien las Escrituras señalaban.

Por eso el cristianismo es mucho más que adquirir información bíblica. Es entrar en una relación con el Autor mismo de las Escrituras. La vida eterna no es simplemente conocer acerca de Cristo; es conocer a Cristo.

Bartimeo demuestra esto de manera hermosa. Nunca había asistido a uno de los sermones de Jesús. Nunca había presenciado que el agua se convirtiera en vino. Nunca había visto a Lázaro salir de la tumba. Nunca había visto la alimentación de los cinco mil. Sin embargo, de alguna manera, en algún lugar, la fe había estado creciendo dentro de él. Quizás había escuchado historias de viajeros. Quizás había escuchado con atención cada vez que alguien hablaba de Jesús. Cualquiera que fuera la fuente, esos testimonios habían madurado en convicción.

Esto nos recuerda que nunca debemos subestimar el poder de nuestro testimonio.

Cada conversación sobre la fidelidad de Dios tiene el potencial de convertirse en la revelación de otra persona. Cada testimonio de sanidad, liberación, restauración o perdón siembra semillas en corazones que quizás nunca volvamos a ver. Romanos nos dice que la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios, pero a menudo Dios usa voces humanas para llevar esa Palabra a corazones que esperan.

Esto también explica por qué el enemigo ataca continuamente la predicación bíblica. Satanás no teme la información tanto como teme la revelación. La información puede permanecer en un cuaderno. La revelación cambia una vida. La información llena el intelecto. La revelación produce arrepentimiento. La

información crea espectadores. La revelación crea discípulos.

Considere el contraste entre Judas y Pedro. Ambos caminaron con Jesús por más de tres años. Ambos escucharon cada sermón. Ambos presenciaron cada milagro. Ambos manejaron el mismo pan después de la alimentación de las multitudes. Sin embargo, uno traicionó a Cristo mientras el otro finalmente entregó su vida predicando a Cristo.

La diferencia no fue el acceso.

La diferencia fue la revelación.

Bartimeo nos enseña que la revelación está disponible para cualquiera cuyo corazón permanezca abierto. No era rabino. No era sacerdote. No estaba educado en las escuelas de Jerusalén. Era un mendigo ciego sentado junto a un camino polvoriento. Sin embargo, vio más espiritualmente que muchos de los eruditos de Israel.

Dios siempre se ha deleitado en revelarse a los corazones humildes.

Te alabo, Padre... porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.

MATEO 11:25 (RVR60)

El reino de Dios no se descubre simplemente con inteligencia, sino con humildad. El orgullo cree que ya sabe lo suficiente. La humildad permanece enseñable. El orgullo exige pruebas antes de creer. La humildad cree en Dios antes de que toda la evidencia sea visible.

Hay otra verdad hermosa escondida en la confesión de Bartimeo. Antes de que Jesús sanara sus ojos, Bartimeo ya había visto su identidad. La visión espiritual precedió a la visión física.

Este patrón aparece a lo largo de las Escrituras. Dios a menudo nos permite ver espiritualmente antes de experimentar físicamente. Abraham creyó que sería padre de muchas naciones décadas antes de que naciera Isaac. Noé creyó que venía la lluvia antes de que se formaran las nubes. Josué creyó que Jericó caería antes de que un solo muro se moviera. Del mismo modo, Bartimeo creyó que Jesús era el Mesías mientras todavía estaba ciego.

La fe ve lo que los ojos naturales no pueden.

Quizás el mayor desafío que enfrenta la iglesia moderna no es la falta de información bíblica, sino la escasez de revelación bíblica. Tenemos acceso a más sermones, libros, podcasts y traducciones de la Biblia que cualquier generación en la historia. Sin embargo, la información por sí sola no puede sostener el avivamiento. Necesitamos que el Espíritu Santo ilumine la Palabra hasta que Cristo se convierta en más que una doctrina, hasta que se convierta en el Señor viviente de nuestras vidas.

***La multitud anunció que Jesús estaba pasando.
Bartimeo declaró que el Mesías había llegado.
La multitud reportó un evento.
Bartimeo reconoció una visitación.
La multitud oyó con sus oídos.
Bartimeo oyó con su corazón.
Esa es la diferencia entre información y revelación.***



PARTE

LA MISERICORDIA ES EL LENGUAJE DE LA LIBERACIÓN

Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.

MARCOS 10:47 (RVR60)

Uno de los aspectos más notables de la oración de Bartimeo no es lo que le pidió a Jesús que hiciera, sino dónde eligió comenzar. Aunque necesitaba desesperadamente que le restauraran la vista, su primera petición no fue por sanidad. No clamó: “Señor, abre mis ojos.” En cambio, clamó: “Ten misericordia de mí.” Esa simple petición revela una comprensión profunda del corazón de Dios. Antes de que Bartimeo deseara un milagro en su cuerpo, deseaba estar ante un Salvador misericordioso. Entendió que toda bendición que Dios da fluye primero de su misericordia.

Hay una lección importante aquí para todo creyente. A menudo nos acercamos a Dios con una lista de necesidades, pidiéndole que resuelva nuestros problemas, quite nuestras cargas, o cambie nuestras circunstancias. Aunque no hay nada malo en presentar nuestras peticiones ante el Señor, Bartimeo nos recuerda que nuestra mayor necesidad nunca es simplemente un cambio en nuestra situación. Nuestra mayor necesidad siempre es la misericordia de Dios. Una circunstancia cambiada sin un corazón cambiado solo proporcionará alivio temporal, pero un corazón transformado por la misericordia puede soportar cualquier circunstancia con esperanza y confianza.

A lo largo de las Escrituras, la misericordia es constantemente la puerta por la cual entra la restauración. Cuando David cayó en pecado tras su adulterio con Betsabé, no comenzó defendiéndose ni explicando sus faltas. Entendió que la restauración nunca podría ganarse, así que apeló al carácter de Dios en lugar de su propia justicia.

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.

SALMO 51:1 (RVR60)

David sabía que si Dios lo trataba solo conforme a la justicia, no habría esperanza. Su confianza descansaba enteramente en la compasión de Dios. De igual manera, el publicano en la parábola de Jesús estaba de pie en el templo sin logros impresionantes que presentar ante el Señor. Simplemente inclinó la cabeza y oró: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Jesús declaró que este hombre humilde, y no el fariseo autojusto, regresó a su casa justificado ante Dios (Lucas 18:13-14). La misericordia siempre ha sido recibida por los humildes, nunca ganada por los merecedores.

Bartimeo se acercó a Jesús con ese mismo espíritu. No intentó convencer a Jesús de que merecía la sanidad debido a su sufrimiento. No le recordó a Jesús lo difícil que había sido su vida. Simplemente se arrojó sobre la compasión de Cristo. Su oración reconocía que si algo bueno estaba por suceder, no sucedería porque él lo hubiera ganado, sino porque Jesús es misericordioso. Esta es una de las mayores verdades del Evangelio. Ninguno de nosotros está delante de Dios porque merezca su favor. Estamos ahí

porque Él se deleita en mostrar misericordia a quienes confían en Él.

Quizás por eso el clamor de Bartimeo es tan identificable. Durante años había vivido como un marginado. Cada día experimentaba rechazo, dependencia y decepción. Se había acostumbrado a que la gente pasara sin notarlo. Muchos probablemente lo veían solo como otro mendigo sentado junto al camino. No es difícil imaginar que después de años de ser ignorado por la gente, pudo haber esperado ser ignorado también por Dios. Sin embargo, en lugar de permitir que sus experiencias pasadas definieran el carácter de Dios, apeló a la cualidad misma que distingue a Dios de la humanidad: su misericordia.

Muchas personas hoy luchan con esa misma batalla. Inconscientemente esperan que Dios las trate de la misma manera en que otras personas las han tratado. Quienes han experimentado rechazo a menudo esperan rechazo de Dios. Quienes han conocido la traición encuentran difícil confiar en sus promesas. Quienes han vivido bajo crítica constante a veces imaginan que Dios está buscando razones para condenarlos. Pero la misericordia de Dios destruye esas falsas expectativas. Nuestro Padre celestial no está limitado por los fracasos de las relaciones terrenales. Él es distinto a cualquiera que nos haya herido, abandonado o malinterpretado.

Esta verdad se ilustra hermosamente en la historia de Mefiboset. Debido a que pertenecía a la casa de Saúl, tenía toda razón para esperar juicio cuando el rey David lo mandó llamar. En cambio, David lo recibió con bondad, restauró su herencia, y lo invitó a comer continuamente en la mesa del rey (2 Samuel 9). Mefiboset esperaba justicia, pero encontró misericordia. Eso es exactamente lo que sucede cada vez que un pecador se acerca a Jesús. Nos acercamos a Él esperando condenación porque conocemos nuestros fracasos, y sin embargo descubrimos a un Salvador cuya misericordia es mayor que nuestra vergüenza.

Entender la misericordia también nos ayuda a apreciar la riqueza del Evangelio. La justicia le da a una persona lo que merece. La misericordia retiene el juicio que el pecado merece. La gracia va aún más lejos al dar bendiciones que nunca podrían ganarse. La misericordia quita la sentencia; la gracia nos adopta en la familia de Dios. La misericordia perdona nuestro pasado; la gracia nos da un futuro. La misericordia nos saca del pozo; la gracia nos sienta a la mesa del Padre. La cruz de Cristo es donde la misericordia y la gracia se encuentran perfectamente. Allí, la justicia fue satisfecha porque el pecado fue juzgado, la misericordia fue extendida porque fuimos perdonados, y la gracia fue derramada porque fuimos invitados a una nueva vida por medio de Jesucristo.

Pablo celebra esta hermosa verdad cuando escribe,

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo...

EFESIOS 2:4-5 (RVR60)

Note que Pablo no dice simplemente que Dios es misericordioso. Dice que Dios es rico en misericordia. Su misericordia no es escasa, limitada, ni fácil de agotar. Es abundante. Cada día que vivimos es

evidencia de que su compasión no ha fallado. Jeremías reconoció esto mientras estaba de pie entre las ruinas de Jerusalén, declarando: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos... Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lamentaciones 3:22-23). Cada amanecer es otro testimonio de que la misericordia de Dios es mayor que los fracasos de ayer.

Esto explica por qué Bartimeo comenzó su oración donde lo hizo. Entendió que si podía alcanzar la misericordia de Jesús, todo lo demás se resolvería por sí mismo. La sanidad sería maravillosa, pero la misericordia era aún mayor. La vista restaurada cambiaría su vida terrenal, pero la misericordia cambiaría su destino eterno. Su mayor confianza no estaba en la posibilidad de un milagro, sino en el carácter de Aquel que podía realizarlo.

La misma invitación permanece delante de nosotros hoy. Mucho antes de que Dios cambie nuestras circunstancias, nos invita a experimentar su misericordia. Todo milagro, toda restauración, todo nuevo comienzo encuentra su fuente en el corazón compasivo de nuestro Salvador. Bartimeo nos enseña que el mayor clamor de fe no es: “Señor, cambia mi situación,” sino más bien: “Señor, ten misericordia de mí.” Cuando la misericordia alcanza una vida, toda otra bendición se vuelve posible.

PARTE

LAS VOCES QUE INTENTAN SILENCIAR LA FE

04

Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!

MARCOS 10:48 (RVR60)

En el momento en que Bartimeo comenzó a clamar a Jesús, surgió oposición de inmediato. Marcos nos dice que muchos lo reprendían para que callara. La misma multitud que momentos antes le había informado que Jesús estaba pasando se convirtió de repente en las mismas personas que intentaban impedirle llegar al Salvador. Es una de las grandes paradojas de la vida espiritual. A veces las mismas voces que nos señalan hacia Jesús se convierten en las voces que nos desalientan de buscarlo con todo el corazón.

Esto no debería sorprendernos. A lo largo de las Escrituras, cada paso significativo de fe se encuentra con resistencia. Cuando Noé comenzó a construir el arca, el mundo se burló de él porque nadie había visto llover jamás. Cuando Abraham dejó su tierra natal, caminó hacia un destino que nunca había visto. Moisés enfrentó a Faraón, David enfrentó a Goliat, Ester se acercó al rey, y los apóstoles predicaron a Cristo en un mundo hostil. En cada generación, la fe ha tenido que levantarse por encima de voces que declaraban imposibles las promesas de Dios.

La multitud que rodeaba a Bartimeo representa mucho más que la gente que estaba en el camino ese día. Simbolizan toda voz que intenta silenciar la fe antes de que la fe tenga la oportunidad de recibir su milagro. El enemigo entiende que si no puede impedir que Jesús obre, intentará impedir que nosotros clamemos a Jesús. Si no puede quitar al Salvador, intentará silenciar al buscador.

Una de las voces más fuertes que enfrentamos es la voz de nuestro pasado. Bartimeo probablemente había pasado años sentado en el mismo lugar, llevando el mismo manto, dependiendo de la misma rutina. Día tras día, sus circunstancias reforzaban la creencia de que nada cambiaría jamás. El pasado tiene una manera de convencernos de que el mañana simplemente repetirá el ayer. Muchos creyentes aceptan calladamente la derrota espiritual porque suponen que, como han luchado con la misma debilidad durante años, lucharán con ella para siempre. Pero el Evangelio nos recuerda continuamente que Jesús es capaz de interrumpir ciclos que parecen imposibles de romper. El Dios que liberó a Israel de Egipto, restauró a Pedro después de su negación, y transformó a Saulo el perseguidor en Pablo el apóstol, sigue en el negocio de reescribir historias que parecen estar definidas permanentemente.

Otra voz poderosa es la voz del temor. El temor rara vez se anuncia con palabras dramáticas. Con más frecuencia susurra preguntas en nuestra mente. ¿Y si no pasa nada? ¿Y si oras y Dios permanece en silencio? ¿Y si la gente se ríe de tu fe? ¿Y si das un paso de obediencia y fracasas? El temor intenta convencernos de que quedarnos callados es más seguro que responder a Dios. Sin embargo, las Escrituras enseñan constantemente lo contrario. La mayoría de los grandes milagros registrados en la Biblia requirieron que alguien avanzara antes de ver el resultado. Josué entró en el Jordán desbordado antes de que las aguas se dividieran. La viuda de Sarepta preparó la comida de Elías antes de que su harina se multiplicara. Pedro salió de la barca antes de caminar sobre el agua. La fe siempre ha requerido

confiar en el carácter de Dios antes de ver la provisión de Dios.

También está la voz de la opinión humana. Bartimeo no fue reprendido por una sola persona, sino por muchas. La presión de una multitud puede ser intimidante porque crea la ilusión de que si suficientes personas creen algo, debe ser verdad. Sin embargo, la historia demuestra repetidamente que la mayoría no siempre tiene la razón. Los profetas a menudo se pararon solos frente a naciones enteras. Elías creyó que era el único siervo fiel que quedaba. Jeremías predicó mientras casi nadie escuchaba. Hasta Jesús mismo fue rechazado por las mismas multitudes que antes habían celebrado sus milagros. La opinión popular nunca ha sido la medida de la verdad divina.

Por esa razón, los creyentes deben aprender a distinguir entre la voz de la multitud y la voz del Pastor. Jesús declaró después,

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.

JUAN 10:27 (RVR60)

Note que Jesús no dijo que sus ovejas nunca escucharían otras voces. Más bien, reconocerían su voz por encima de todo sonido que compitiera. La madurez espiritual no es la ausencia de voces que compiten; es la capacidad de discernir cuál voz merece nuestra obediencia. Cuanto más caminamos con Cristo a través de la oración, la adoración y el estudio de su Palabra, más familiar se vuelve su voz. Así como un niño reconoce la voz de un padre amoroso en una habitación llena de gente, el creyente aprende gradualmente a reconocer la guía suave del Espíritu Santo aun en medio del ruido de la vida.

Quizás la mayor lección de este pasaje se encuentra en la respuesta de Bartimeo. Marcos nos dice que cuando la multitud intentó silenciarlo, “él clamaba mucho más.” La oposición no debilitó su fe; la intensificó. Cada intento de acallar su clamor solo lo convencía de que esta oportunidad era demasiado importante para perderla. Bartimeo entendió algo que también nosotros debemos recordar: hay momentos en que el silencio es más peligroso que el rechazo. Si Jesús realmente estaba pasando, este no era el momento de preocuparse por la opinión pública. Este era el momento de buscar la misericordia con todo lo que tenía.

Cuán diferentes podrían verse nuestras vidas espirituales si adoptáramos esa misma determinación. Con demasiada frecuencia el desánimo nos hace orar menos, adorar menos, y alejarnos de la comunión precisamente cuando más necesitamos la presencia de Dios. Bartimeo eligió la respuesta opuesta. Cuanto más fuerte se volvía la oposición, más fuerte se volvía su fe. Su persistencia demostró que la fe genuina no se mide por lo fuerte que cantamos o lo emocional que oramos, sino por nuestra negativa a dejar de buscar a Jesús cuando surgen obstáculos.

Esta misma perseverancia se anima a lo largo del Nuevo Testamento. Santiago escribe que los creyentes deben dejar que “la paciencia tenga su obra completa” (Santiago 1:4), mientras que el escritor de Hebreos nos exhorta a “correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús” (Hebreos 12:1-2). La fe rara vez se demuestra en momentos de comodidad. Se refina cuando

cada voz a nuestro alrededor nos dice que nos rindamos, y aun así seguimos confiando en las promesas de Dios.

Bartimeo se negó a dejar que la multitud se convirtiera en la autora de su futuro. Entendió que las personas que le decían que se callara no podían sanar su ceguera. Sus opiniones no tenían poder para cambiar su vida. Solo Jesús lo tenía. Por lo tanto, sabiamente eligió prestar mayor atención a Aquel que podía transformarlo que a quienes simplemente lo criticaban.

Cada creyente enfrenta esa misma decisión. Cada día debemos elegir si nuestras vidas serán moldeadas por el temor o por la fe, por la opinión pública o por la Palabra de Dios, por los fracasos de ayer o por las promesas de mañana. Las voces del mundo siempre competirán por nuestra atención, pero solo una voz tiene la autoridad para dar vida.

Bartimeo nos enseña que los milagros a menudo pertenecen a quienes se niegan a dejar que las voces equivocadas se conviertan en las voces más fuertes de sus vidas. La multitud intentó silenciar su fe, pero en cambio se convirtieron en la razón por la que clamó aún más. Lo que pretendían que fuera un obstáculo, Dios lo usó para revelar la profundidad de su determinación. A veces la resistencia que experimentamos no es evidencia de que Dios esté ausente; es el mismo escenario donde la fe persistente se muestra delante del Señor.

CLOAKED

PARTE

LA VOZ QUE LO CAMBIÓ TODO

05

Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarlo; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama.

MARCOS 10:49 (RVR60)

Uno de los momentos más hermosos en la historia de Bartimeo se encuentra en una frase simple que es fácil pasar por alto: “Jesús, deteniéndose.” Imagine la escena. Jesús va camino a Jerusalén, donde en pocos días será traicionado, falsamente acusado, golpeado, crucificado, y llevará los pecados del mundo. Se dirige hacia la misión más grande en la historia humana. Multitudes lo rodean. Los discípulos están con Él. Sin embargo, en medio de ese viaje, el clamor desesperado de un mendigo ciego hace que el Hijo de Dios se detenga.

Qué cuadro tan extraordinario del corazón de Cristo. El Creador del universo nunca está demasiado ocupado para notar la fe sincera. El cielo nunca está tan ocupado con grandes eventos que pase por alto a una persona quebrantada clamando por misericordia. Bartimeo pudo haber sido insignificante ante los ojos de la sociedad, pero nunca fue insignificante para Jesús.

Este siempre ha sido el carácter de Dios. A lo largo de las Escrituras, el Señor continuamente interrumpe lo que la gente considera importante para ministrar a las personas. Dejó noventa y nueve ovejas para buscar una que estaba perdida. Se detuvo junto a un árbol sicómoro para llamar a Zaqueo. Cruzó el mar de Galilea para liberar a un hombre endemoniado. Se detuvo a hablar con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob. Una y otra vez, descubrimos que Dios mide la importancia de manera diferente a como lo hacemos nosotros. A menudo valoramos multitudes, posiciones y logros, pero Jesús valora a las personas.

Bartimeo probablemente creyó que tenía una sola oportunidad. Jesús estaba pasando, y si permanecía en silencio, el momento se iría para siempre. Lo que no sabía era que su clamor ya había llegado al Salvador. Antes de que Bartimeo se parara frente a Jesús, Jesús ya lo había escuchado. Esto nos recuerda que hay temporadas en que parece que el cielo está en silencio, y sin embargo Dios ya ha escuchado cada oración que se eleva de un corazón sincero. Su aparente demora nunca debe confundirse con indiferencia.

David expresó esta confianza cuando escribió,

Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos.

SALMO 34:15 (RVR60)

Dios no solo escucha palabras; escucha corazones. Está atento a quienes lo buscan con fe. Cada oración susurrada, cada lágrima derramada en privado, cada clamor pronunciado en desesperación es conocido por Él. La voz de Bartimeo pudo haberse perdido en el ruido de la multitud, pero nunca se perdió para Jesús.

Hay otra lección hermosa escondida en este pasaje. Note que Jesús no caminó hacia Bartimeo. En cambio, lo llamó. Esto era más que una decisión práctica; era una invitación a la fe. Bartimeo tendría que levantarse del lugar donde había estado sentado por años y comenzar a moverse hacia la voz de Cristo antes de experimentar su milagro. A menudo Dios nos llama a dar pasos de fe antes de ver la manifestación completa de su promesa. Israel tuvo que entrar en el Jordán antes de que las aguas se dividieran. Los sacerdotes tuvieron que cargar el arca antes de que el río dejara de fluir. Del mismo modo, Bartimeo tuvo que comenzar a caminar hacia Jesús mientras todavía estaba ciego.

La fe con frecuencia se mueve antes de que llegue la vista.

Esta es una de las mayores diferencias entre la fe bíblica y el razonamiento humano. El razonamiento humano dice: “Cuando vea el milagro, entonces creeré.” La fe dice: “Porque creo, me moveré hacia Aquel que ha prometido.” Hebreos define la fe como “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). Bartimeo se convirtió en una demostración viva de ese versículo. Se movió hacia Cristo antes de que sus ojos fueran abiertos porque confió en Aquel que lo había llamado.

Quizás uno de los detalles más sorprendentes de la historia es la rapidez con que la multitud cambió su mensaje. Solo momentos antes habían reprendido a Bartimeo, ordenándole que se callara. Ahora esas mismas personas dicen: “Ten confianza; levántate, te llama.” Su opinión cambió casi instantáneamente.

Cuán a menudo sucede esto en la vida. La opinión humana es notablemente inestable. Las mismas personas que hoy nos aplauden pueden criticarnos mañana. La multitud que gritó “¡Hosanna!” el Domingo de Ramos gritó “¡Crucifícale!” solo unos días después. Si nuestra confianza depende de la aprobación de las personas, pasaremos la vida montados en una montaña rusa emocional porque la opinión pública cambia con cada circunstancia.

La Palabra de Dios nos llama a edificar nuestra identidad sobre algo mucho más seguro.

Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre.

ISAÍAS 40:8 (RVR60)

***Las opiniones de la gente se desvanecen.
Los valores culturales cambian.
La popularidad sube y baja.
Pero la voz de Dios nunca cambia.***

Bartimeo pudo haber desperdiciado momentos preciosos discutiendo con la multitud que acababa de reprenderlo. Pudo haberles recordado cómo lo habían tratado solo segundos antes. En cambio, ignoró tanto su crítica como su repentino ánimo, porque ninguna de las dos importaba tanto como la voz de Jesús. Una vez que Cristo lo llamó, toda otra voz se volvió secundaria.

Hay una sabiduría profunda en esa respuesta. Con demasiada frecuencia permitimos que las opiniones de la gente controlen nuestras emociones. Nos desanimamos cuando nos critican y nos volvemos excesivamente dependientes cuando nos alaban. Sin embargo, los discípulos maduros aprenden que ni la crítica ni el aplauso deben determinar su dirección. Nuestro llamado lo establece Dios, no la opinión pública. Si sabemos que Cristo ha hablado, no necesitamos el permiso de la multitud para obedecerle.

Jesús declaró,

las ovejas oyen su voz... y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.

JUAN 10:3-4 (RVR60)

Note que las ovejas no siguen a la multitud; siguen al Pastor. La multitud puede señalarnos hacia Jesús a veces, y otras veces puede desanimarnos de buscarlo, pero nuestra responsabilidad final es responder únicamente a su voz. Todo creyente eventualmente debe aprender a distinguir entre la opinión humana y el llamado divino. Uno es temporal; el otro es eterno.

Este momento también nos recuerda que Jesús hace más que escuchar nuestros clamores: responde con una invitación personal. No simplemente sanó a Bartimeo desde la distancia. Lo llamó a la relación. Antes del milagro vino una conversación. Antes de la vista restaurada vino una invitación a acercarse. Este siempre ha sido el deseo de Dios. Sus milagros nunca son simplemente demostraciones de poder; son expresiones de su deseo de traer personas a la comunión consigo mismo.

La historia de Bartimeo anima a todo creyente que se ha preguntado si Dios todavía lo nota. El Salvador que se detuvo en el camino a Jericó es el mismo Salvador que todavía se detiene para quienes claman su nombre hoy. El mundo puede pasarnos por alto, malinterpretarnos, o descartarnos, pero Jesús nunca ignora la fe genuina. Su voz todavía llama a personas quebrantadas fuera de situaciones desesperadas, y toda vida que responde a su invitación comienza un viaje que ninguna multitud puede detener.

Las opiniones de la gente pueden cambiar de la noche a la mañana, pero el llamado de Cristo nunca cambia. Su invitación es tan segura hoy como lo fue en aquel camino polvoriento a las afueras de Jericó. Cada vez que Él llama, la respuesta más sabia es la misma que dio Bartimeo: levantarse de inmediato y moverse hacia Aquel cuya voz tiene el poder de cambiarlo todo.

PARTE

ARROJAR EL MANTO ANTES DE RECIBIR EL MILAGRO

06 CLOAKED

Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús.

MARCOS 10:50 (RVR60)

Un versículo. Doce palabras sencillas. Sin embargo, escondida dentro de ellas está una de las mayores demostraciones de fe que se encuentran en todos los Evangelios.

Marcos nos dice que antes de que Bartimeo se parara frente a Jesús, antes de que sus ojos fueran abiertos, antes de que ocurriera un milagro, arrojó su manto. A primera vista, esto puede parecer un detalle insignificante, pero el Espíritu Santo nunca desperdicia palabras. Si Dios eligió preservar este momento en las Escrituras, es porque el manto representaba mucho más que una prenda de vestir.

Para Bartimeo, el manto era su identidad.

En la cultura de esa época, los mendigos ciegos a menudo eran reconocidos por las prendas que vestían. Su manto los identificaba como personas legalmente autorizadas a mendigar apoyo. Era, en cierto sentido, su licencia para sobrevivir. El manto le decía a todos quiénes eran, qué podían esperar de la vida, y cómo debían responder los demás ante ellos. Cada moneda que caía en esa prenda reforzaba el mismo mensaje: Esto es lo que eres.

Durante años Bartimeo había vivido envuelto en esa identidad. Se había vuelto familiar. Se había vuelto cómoda. Aunque representaba limitación, también representaba seguridad. Mientras llevara ese manto, sabía exactamente cómo funcionaba la vida. Sabía dónde sentarse, qué esperar, y cómo se desarrollaría cada día.

Entonces Jesús lo llamó.

Note lo que sucedió después.

Antes de que Jesús dijera una sola palabra sobre sanidad, Bartimeo tomó una decisión. Arrojó el único objeto que lo conectaba con su vida anterior. No lo dobló cuidadosamente ni lo dejó junto al camino por si lo necesitaba después. No lo llevó consigo como plan de respaldo. Marcos nos dice deliberadamente que lo arrojó.

Eso es a menudo cómo se ve la fe.

La fe no es simplemente creer que Dios puede cambiar nuestras vidas. La fe es vivir como si en verdad creyéramos que Él lo hará. Bartimeo actuó antes de que hubiera evidencia visible de que algo había cambiado. Sus ojos seguían ciegos. Sus circunstancias seguían siendo las mismas. Sin embargo, sus acciones declaraban que ya no pensaba regresar a la vida que ese manto representaba.

Cuán diferente es esto de la manera en que muchas personas se acercan a Dios. A menudo queremos el milagro primero y la entrega después. Nos decimos que una vez que Dios cambie nuestras circunstancias, entonces confiaremos plenamente en Él. Bartimeo demuestra el orden opuesto. Su entrega precedió a su milagro. Abandonó la identidad antigua antes de experimentar la nueva.

Este patrón aparece a lo largo de las Escrituras. Cuando Dios llamó a Abraham, le pidió que dejara su tierra antes de mostrarle la tierra que heredaría. Eliseo quemó sus bueyes y destruyó su equipo de labranza antes de seguir a Elías. Pedro y Andrés dejaron sus redes de inmediato cuando Jesús los llamó. Mateo se alejó de la mesa de los tributos públicos sin saber a dónde lo llevaría el viaje. En cada caso, la obediencia requería soltar algo familiar antes de experimentar plenamente lo que Dios había preparado.

Jesús mismo enseñó este principio cuando declaró,

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

LUCAS 9:23 (RVR60)

Seguir a Cristo siempre ha implicado dejar algo atrás. El Evangelio no es simplemente una invitación a recibir bendiciones; es una invitación a convertirse en una nueva creación. Pablo escribe,

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

2 CORINTIOS 5:17 (RVR60)

Note el lenguaje que Pablo usa. La vida nueva requiere que las cosas viejas pasen. Dios no simplemente mejora a la persona vieja; crea algo completamente nuevo. Bartimeo entendió esto intuitivamente. El manto pertenecía al hombre que había sido, no al hombre que creía estar a punto de convertirse.

Esto plantea una pregunta importante para todo creyente: ¿Cuál es nuestro manto?

Para algunos, puede ser un fracaso pasado que continúa definiendo su identidad. Aun después de recibir el perdón de Dios, siguen presentándose por sus errores. Otros llevan el manto de la amargura, permitiendo que viejas heridas determinen cada nueva relación. Algunos permanecen envueltos en temor, convencidos de que porque siempre han luchado con la ansiedad, siempre lo harán. Otros llevan el manto de la adicción, la vergüenza, el orgullo, la inseguridad, o el rencor. Estos mantos se vuelven tan familiares que ya no reconocemos con cuánta fuerza están envueltos alrededor de nosotros.

La tragedia es que muchas personas desean sinceramente un milagro mientras se niegan a soltar la identidad conectada con su vida anterior. Quieren libertad sin entrega. Quieren sanidad mientras siguen llevando las etiquetas que los mantuvieron atados. Sin embargo, Bartimeo nos enseña que llega un momento en que la fe dice: No puedo llevar mi identidad antigua a la vida nueva a la que Cristo me está llamando.

También hay algo hermosamente práctico en esta escena. Una vez que Bartimeo arrojó su manto, ya no podía regresar fácilmente al lugar donde había estado sentado. Recuerde, todavía estaba ciego. Si Jesús no lo hubiera sanado, encontrar esa prenda de nuevo habría sido difícil. En otras palabras, su decisión implicaba un riesgo real. Estaba poniendo toda su confianza en Jesús.

Esto es exactamente lo que requiere la fe bíblica. La fe siempre va más allá de la conveniencia. Llega al lugar donde Cristo se convierte en nuestra única confianza. Pablo expresó esto hermosamente cuando escribió,

Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta...

FILIPENSES 3:13-14 (RVR60)

Pablo entendió que es imposible correr hacia adelante mientras nos aferramos continuamente a lo que queda atrás. El progreso espiritual requiere liberación espiritual. No podemos abrazar plenamente el futuro de Dios mientras nos negamos a soltar el ayer.

Esto no significa que olvidemos lo que Dios ha hecho ni que neguemos la realidad de nuestro pasado. Más bien, significa que nuestro pasado ya no tiene la autoridad para definir nuestro futuro. Bartimeo había sido ciego, pero la ceguera ya no sería su identidad. Había sido mendigo, pero mendigar ya no determinaría su propósito. Había llevado un manto que anunciaba limitación, pero ahora respondía a una voz que declaraba posibilidad.

Hay una última lección escondida en este momento. Note que Bartimeo arrojó su manto porque Jesús lo llamó, no porque ya hubiera sido sanado. Su confianza descansaba en Aquel que había hablado, no en lo que ya podía ver. Esa es la esencia de la fe cristiana. Obedecemos porque Cristo nos ha llamado. Confiamos porque Cristo ha hablado. Nos entregamos porque sus promesas son más confiables que nuestras circunstancias.

Todo discípulo eventualmente se encuentra donde estuvo Bartimeo. Llega un momento en que Jesús nos llama a dejar atrás lo familiar y caminar hacia lo desconocido. En ese momento, cada uno de nosotros debe decidir si seguirá llevando el manto que lo ha definido, o confiará en el Salvador que lo está invitando a algo completamente nuevo.

Bartimeo nos enseña que el milagro no comenzó cuando sus ojos fueron abiertos. En muchos sentidos, comenzó en el momento en que soltó el manto. Mucho antes de poder ver diferente, creyó diferente. Mucho antes de que sus circunstancias cambiaran, su identidad cambió. Ese es el poder transformador de la fe. Nos permite dejar la vida vieja con confianza porque sabemos que Aquel que nos llama tiene algo infinitamente mejor preparado.

PARTE

¿QUÉ QUIERES QUE TE HAGA?

07

Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.

MARCOS 10:51-52 (RVR60)

A primera vista, la pregunta de Jesús parece innecesaria. ¿Por qué le preguntaría el Hijo de Dios a un ciego qué quería? Sin duda, Aquel que formó sus ojos en el vientre de su madre ya sabía lo que le faltaba. Jesús conocía cada detalle de la condición de Bartimeo antes de que el hombre clamara por misericordia. Sin embargo, en lugar de sanarlo de inmediato, Jesús se detuvo y preguntó: “¿Qué quieres que te haga?”

Esta pregunta no se hizo porque a Jesús le faltara información. Se hizo porque Bartimeo necesitaba expresar su fe.

A lo largo de las Escrituras, Dios frecuentemente hace preguntas, no porque necesite respuestas, sino porque nosotros las necesitamos. En el Jardín del Edén, el Señor le preguntó a Adán: “¿Dónde estás tú?” (Génesis 3:9). Dios no había perdido a Adán; Adán se había perdido a sí mismo. Cuando Elías se escondió en la cueva, el Señor le preguntó: “¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Reyes 19:9). Dios sabía exactamente dónde estaba Elías, pero Elías necesitaba examinar la condición de su propio corazón. Jesús a menudo enseñó de esta misma manera. Preguntó a sus discípulos: “¿Quién decís que soy yo?” no porque dudara de su identidad, sino porque ellos necesitaban confesar su fe.

Las preguntas invitan a la participación.

Dios nunca ha deseado espectadores pasivos. Desea hijos e hijas que se relacionen con Él personalmente. La oración no es informar a Dios sobre lo que Él no sabe; es expresar dependencia de Aquel que lo sabe todo. Cuando Jesús le preguntó a Bartimeo qué deseaba, lo estaba invitando a expresar su fe en voz alta. La fe escondida en el corazón es poderosa, pero la fe confesada con la boca demuestra confianza en las promesas de Dios.

Pablo escribió después,

Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.

ROMANOS 10:10 (RVR60)

Hay algo significativo en verbalizar lo que creemos. Bartimeo ya había clamado por misericordia, pero ahora Jesús lo invitó a ser específico. En lugar de hablar en términos generales, Bartimeo declaró el deseo de su corazón: “Maestro, que recobre la vista.”

Qué confianza requería eso.

Durante años había vivido en oscuridad. No tenía solución médica, ni tratamiento, ni razón terrenal para esperar un cambio. Sin embargo, de pie ante Jesús, se atrevió a pedir lo imposible. Su petición nos recuerda que la fe genuina no teme pedir grandes cosas a un Dios grande. Con demasiada frecuencia reducimos nuestras oraciones a lo que parece razonable desde una perspectiva humana. Bartimeo nos enseña a orar conforme a la grandeza de Cristo y no al tamaño de nuestras limitaciones.

Santiago recuerda a los creyentes,

No tenéis lo que deseáis, porque no pedís.

SANTIAGO 4:2

Este versículo no sugiere que Dios concede cada deseo egoísta que expresamos. Más bien, nos recuerda que Dios se deleita en escuchar las oraciones de sus hijos. La oración es una invitación a presentar nuestras necesidades ante un Padre amoroso cuya sabiduría supera con creces la nuestra. Bartimeo no manipuló a Jesús ni intentó negociar con Él. Simplemente llevó su necesidad más profunda a la presencia de Aquel que era el único capaz de suplirla.

Hay otra lección escondida en la respuesta de Bartimeo. Note que no pidió dinero. No pidió un lugar más cómodo para mendigar. No pidió amigos influyentes ni seguridad financiera. Si Jesús le hubiera dado cualquiera de esas cosas dejándolo ciego, sus circunstancias podrían haber mejorado temporalmente, pero su mayor problema habría permanecido.

Bartimeo pidió lo único que transformaría todo lo demás.

Cuán a menudo nuestras oraciones revelan lo que más valoramos. A veces nos enfocamos tanto en pedirle a Dios que nos facilite la vida que olvidamos pedirle que nos haga íntegros. Oramos por comodidad cuando Dios desea transformación. Le pedimos que quite cada dificultad, mientras Él trabaja para producir madurez, perseverancia, y una dependencia más profunda de Él. Bartimeo entendió que la vista restaurada le permitiría caminar hacia un futuro completamente diferente. Su petición reflejaba un deseo de restauración completa en lugar de comodidad temporal.

La respuesta de Jesús es igualmente extraordinaria.

“Vete, tu fe te ha salvado.”

Note que Jesús no dijo: “Mi poder te ha sanado,” aunque su poder divino ciertamente realizó el milagro. En cambio, resaltó la fe de Bartimeo. Esto no fue porque la fe misma posea poder milagroso, sino porque la fe nos conecta con Aquel que sí lo tiene. La fe es la mano abierta que recibe lo que solo Cristo puede dar. No gana la bendición de Dios; simplemente confía en el Dios que se deleita en bendecir.

La frase “te ha salvado” va más allá de la vista física. La palabra griega lleva la idea de ser salvo, restaurado, o llevado a un bienestar completo. Bartimeo recibió más que ojos funcionales ese día. Experimentó la obra restauradora de Dios en cada dimensión de su vida. El hombre que había sido

conocido como un mendigo ciego ahora sería conocido como alguien cuya vida había sido tocada por Jesucristo.

Marcos concluye la historia con una declaración final que es fácil pasar por alto:

"...y seguía a Jesús en el camino."

Este podría ser el mayor milagro de todos.

La historia no termina con ojos sanados.

Termina con un discípulo transformado.

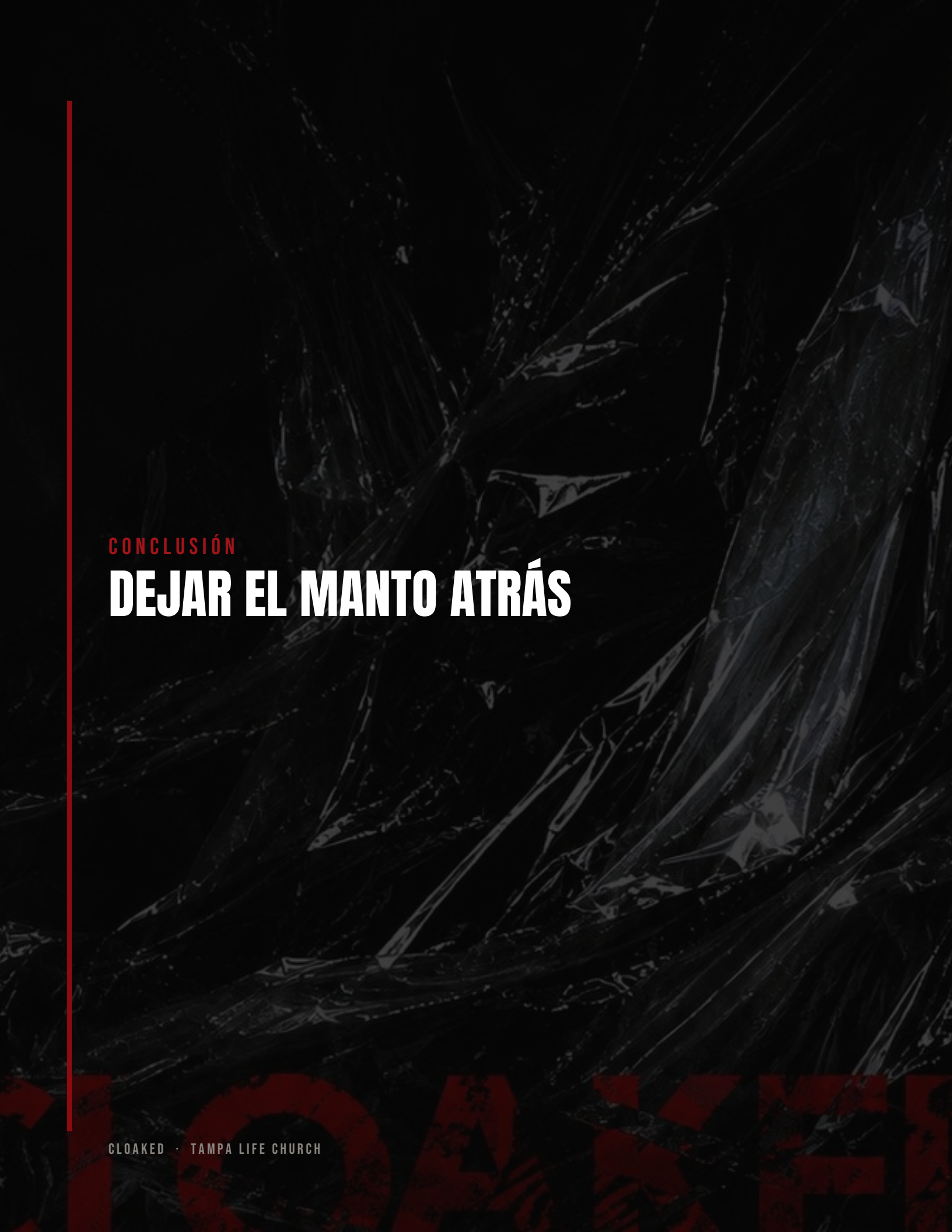
Bartimeo no recibió su vista y regresó a su vida anterior. No recogió su manto y volvió al camino. Siguió a Jesús.

Este es el propósito de todo milagro registrado en las Escrituras. Las obras de Dios nunca son fines en sí mismas. Todo milagro es una invitación a un discipulado más profundo. Jesús no restauró a Bartimeo simplemente para que pudiera ver el mundo; lo restauró para que pudiera seguir al Salvador. La bendición señalaba hacia una relación. La sanidad señalaba hacia un llamado.

Este es un recordatorio importante para la iglesia moderna. Celebramos correctamente el poder de Dios para sanar, liberar, proveer, y restaurar. Creemos que Jesús todavía realiza milagros porque es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Sin embargo, la mayor evidencia de la obra de Dios no es simplemente que las circunstancias hayan cambiado; es que las vidas han sido transformadas. Un milagro que produce gratitud es maravilloso. Un milagro que produce discipulado de por vida es aún mayor.

Bartimeo nos enseña que el propósito de la vista restaurada nunca fue simplemente disfrutar de una vida mejor. Fue seguir a Cristo con ojos nuevos, un corazón nuevo, y una identidad nueva. El mendigo ciego desapareció en ese camino a las afueras de Jericó. En su lugar caminó un discípulo cuya vida testificaría para siempre que la misericordia lo había encontrado, la fe había respondido, y Jesús lo había cambiado todo.

Esa sigue siendo la invitación del Evangelio hoy. Jesús todavía le pregunta a cada uno de nosotros: "¿Qué quieres que te haga?" No porque no esté al tanto de nuestra necesidad, sino porque desea que vengamos a Él en fe. Y cuando lo hacemos, su propósito siempre es mayor que resolver nuestros problemas inmediatos. Su deseo es hacernos íntegros y luego guiarnos a una vida de discipulado fiel, siguiéndolo dondequiera que nos llame.



CONCLUSIÓN

DEJAR EL MANTO ATRÁS

CLOAKED · TAMPA LIFE CHURCH

La historia de Bartimeo es mucho más que el relato de un hombre ciego que recibe la vista. Es la historia de toda persona que alguna vez ha encontrado a Jesucristo. En muchos sentidos, todos nacemos llevando un manto. Aunque nuestros mantos puedan verse diferentes, todos representan identidades que nunca fueron pensadas para definirnos para siempre. Algunos llevan el manto de la vergüenza por fracasos pasados. Otros cargan el manto del temor después de años de decepción. Algunos se han envuelto en amargura por heridas que nunca parecieron sanar, mientras otros se han escondido bajo inseguridad, adicción, orgullo, o desesperanza. Cualquiera que sea la forma que tome, todo manto susurra la misma mentira: “Esto es lo que eres, y esto es lo que siempre serás.”

Entonces Jesús pasa.

Todo cambia en el momento en que su voz entra en nuestras vidas. Bartimeo nos enseña que el primer milagro no fue la vista restaurada, sino la fe despertada. Escuchó que Jesús estaba cerca, y lo que comenzó como información se convirtió en revelación. Reconoció al Mesías cuando muchos a su alrededor solo veían a un hombre de Nazaret. Su fe lo llevó a clamar por misericordia, no porque hubiera ganado el favor de Dios, sino porque entendió que toda bendición comienza con la compasión de Dios.

A medida que la historia se desarrolla, descubrimos que la fe rara vez está libre de oposición. La multitud intentó silenciar a Bartimeo, así como el temor, la duda, y las opiniones de otros a menudo intentan silenciarnos hoy. Sin embargo, Bartimeo se negó a permitir que las voces equivocadas se convirtieran en las voces más fuertes de su vida. En lugar de desanimarse, clamó aún más. Su persistencia nos recuerda que la oposición no siempre es evidencia de que Dios esté ausente. A veces la resistencia simplemente revela que estamos más cerca de nuestro avance de lo que nos damos cuenta.

Cuando Jesús finalmente lo llamó, Bartimeo tomó una decisión que cambió su futuro para siempre. Antes de que sus ojos fueran abiertos, arrojó su manto. Antes de poseer evidencia física de que su vida sería diferente, abandonó la identidad que había sostenido su vida anterior. Sus acciones demostraron que la fe genuina está dispuesta a soltar lo familiar porque confía en Aquel que la está llamando. Se negó a llevar la identidad de ayer al llamado de mañana.

Ese desafío permanece delante de todo creyente. Cristo sigue llamando a las personas fuera de identidades antiguas y hacia una vida nueva. La pregunta ya no es si Jesús está dispuesto a transformarnos; la cruz y la tumba vacía ya respondieron eso para siempre. La pregunta es si estamos dispuestos a soltar las cosas que nos han definido por tanto tiempo. No podemos seguir sentados junto al camino llevando las prendas de nuestra vida anterior mientras esperamos experimentar plenamente la libertad que Cristo ha preparado. En algún momento, todo discípulo debe tomar la misma decisión que tomó Bartimeo: dejar el manto atrás y caminar hacia la voz de Jesús.

La historia concluye con una declaración final que nunca debe pasarse por alto: “...y seguía a Jesús en el camino.” Esta es la verdadera meta de todo milagro. Jesús no restauró a Bartimeo simplemente para que pudiera disfrutar de una vida mejor; lo restauró para que pudiera convertirse en un seguidor. El milagro nunca fue el destino. Fue el comienzo del discipulado.

Esa es la invitación que Cristo extiende a cada uno de nosotros hoy. Él todavía escucha los clamores desesperados. Todavía se detiene por personas quebrantadas. Todavía llama a hombres y mujeres comunes a vidas extraordinarias de fe. Todavía nos pide que confiemos en Él lo suficiente como para dejar nuestros mantos atrás. Y todavía tiene el poder de restaurar lo que el pecado, el sufrimiento, la decepción, y el tiempo se han llevado.

Quizás la pregunta más importante que podemos hacernos después de estudiar este pasaje no es: “¿Qué milagro necesito?” sino más bien: “¿Qué manto sigo llevando?” ¿Hay una identidad antigua que continúa moldeando la manera en que me veo a mí mismo? ¿Hay un temor que he aceptado como permanente? ¿Hay una herida que he permitido que se convierta en mi identidad? ¿Hay una voz de mi pasado que habla más fuerte que las promesas de Dios?

Jesús sigue llamando.

La multitud no tiene la última palabra.

Nuestro pasado no tiene la última palabra.

Nuestros fracasos no tienen la última palabra.

Nuestras limitaciones no tienen la última palabra.

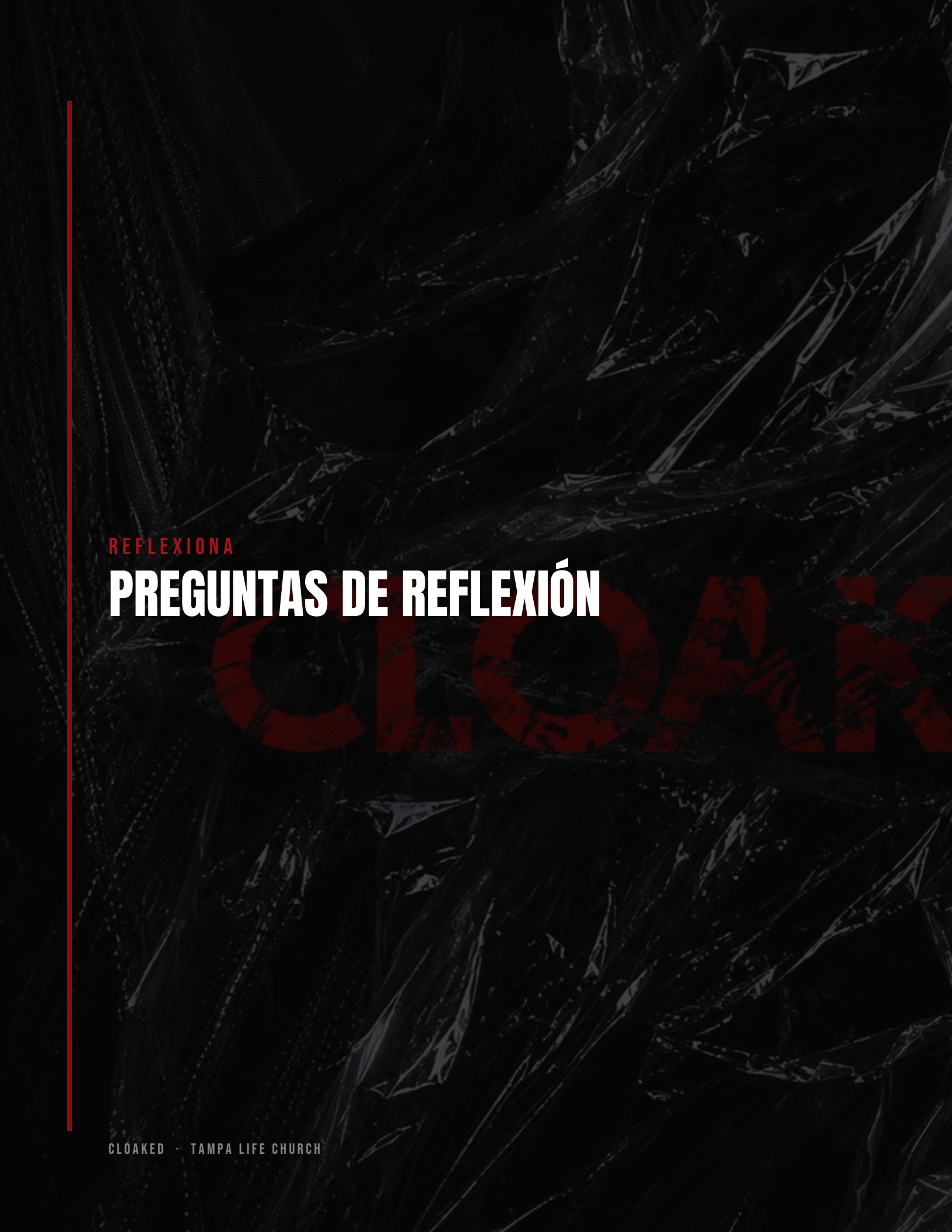
La voz de Jesús sigue siendo mayor que cualquier otra voz, y su invitación sigue siendo la misma. Deja el manto atrás, ven a mí en fe, recibe mi misericordia, y sígueme. Ahí es donde comienza todo milagro verdadero, y ahí es donde continúa toda vida transformada.

CLOAKED

EJERCICIO

COMPLETA LOS ESPACIOS EN BLANCO

1. La fe entró en el corazón de Bartimeo por lo que _____ antes de ver a Jesús.
2. La multitud lo llamó Jesús de _____, pero Bartimeo lo reconoció como el Hijo de _____.
3. Antes de pedir sanidad, Bartimeo primero clamó: “Ten _____ de mí.”
4. Cuando la multitud intentó silenciarlo, Bartimeo _____ aún más.
5. Antes de recibir su milagro, Bartimeo arrojó su _____, dejando atrás la identidad que lo había definido.
6. Jesús declaró: “Tu _____ te ha salvado.”
7. Después de recibir la vista, Bartimeo inmediatamente _____ a Jesús en el camino.



REFLEXIONA

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

 REFLEXIONA

¿Qué voces tienen mayor influencia sobre tu manera de pensar en este momento, y te acercan a Jesús o te alejan de Él?

 REFLEXIONA

Bartimeo reconoció a Jesús como el Hijo de David mientras otros solo veían a Jesús de Nazaret. ¿Cómo ha crecido tu entendimiento de Jesús, pasando de información simple a revelación personal?

 REFLEXIONA

¿Por qué crees que Bartimeo pidió misericordia antes de pedir sanidad? ¿Qué nos enseña esto sobre cómo acercarnos a Dios en oración?

REFLEXIONA

¿Qué “manto” podría estar pidiéndote Dios que dejes atrás? ¿Es el temor, la vergüenza, la amargura, el orgullo, la inseguridad, un fracaso pasado, u otra cosa?

REFLEXIONA

¿Alguna vez has permitido que las opiniones de otras personas silencien tu fe? ¿Cómo puede animarte hoy la persistencia de Bartimeo?

REFLEXIONA

Jesús le preguntó a Bartimeo: “¿Qué quieres que te haga?” Si Jesús te hiciera esa pregunta hoy, ¿cómo responderías, y por qué?

REFLEXIONA

Bartimeo no simplemente recibió un milagro; se convirtió en seguidor de Jesús. ¿Qué paso práctico puedes tomar esta semana para ir más allá de buscar las bendiciones de Dios y profundizar tu compromiso como su discípulo?
